

DISCURSOS LEIDOS EN LA

ACADEMIA VENEZOLANA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PUBLICA DEL SR. DR.

D. T. Aguerrevere Pacanins

EL DIA 19 DE MAYO DE 1912.



TIP. "VARGAS".---CARACAS.---1912.



DISCURSOS LEIDOS EN LA

ACADEMIA VENEZOLANA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PUBLICA DEL SR. DR.

D. T. Aguerrevere Pacanins

EL DIA 19 DE MAYO DE 1912.



DISCURSO LEIDO POR EL SR. DR.

D. TOMAS AGUERREVERE PACANINS

EN EL ACTO DE SU RECEPCION PUBLICA.

Señor Director.

Señores Académicos.

Señores.

Un eclipse no señalado en el calendario de la previsión viene á oscurecer las claridades inefables de este día en que mi espíritu satisface una aspiración, que no por oculta, dejó de ser el ensueño de toda mi existencia.

La Patria, en el concepto más glorioso de su significación histórica, atraviesa por el mismo sendero de sombra y de dolor.

Llega hasta el Olimpo el estrago del cataclismo: no vibra el clarín del privilegio. Parece que Apolo mismo hubiera caído.

La magnitud de algunos acontecimientos, la intensidad de ciertas desventuras, conducen á veces al ser pensante á extravíos inexplicables, y tal vez por eso, en el

deseo de tornar mentira la irreparable realidad, mis ojos lo buscan, pero Eduardo Blanco no está aquí con nosotros....

En su pecho heroico anidaron todas las grandezas que dignifican. A ese prestigio, vertido sobre el expediente de mi incorporación á esta Academia, centro de toda honestidad y de todo respeto, unido además á otras misericordias que señalaré en breve, debo la honra de poder, en los albores de mi ancianidad, gozar de los milagros de la fé.

La esperanza de ser vuestro compañero en esta casa de envidiable quietud y de trabajo incesante, que iguala á la colmena en la labor de sus obreros y en la dulzura del producto, fué una esperanza que mi fé mantuvo fundada en vuestra caridad.

Empero, otra esperanza debiera tener hoy, y sin embargo, dudo de poderla realizar: la de reponer vuestro caudal perdido con la muerte del notable hombre de letras Doctor Don Francisco Pimentel, constante Individuo que durante seis lustros, amoldó su vida entre el estudio y el amor, entre la Academia y el hogar.

Afable y sencillo, observador y estudioso, gramático y esteta, cultivó la literatura en uno de sus géneros más difíciles: la fábula. Sus producciones tienen la pureza y soltura de los maestros españoles y el fondo filosófico de la escuela alemana. Fué uno de los más jóvenes entre aquellos que formaron la Academia, su juventud era vigor y sus camaradas, sabios ya con su historia escrita, constituyeron el estímulo para que su amor al idioma lo condujera al estudio que le enseñó los secretos bellísimos de la construcción, los encantos de la sintaxis.

La naturaleza de los estudios médicos suele hacer creer á algunos que ellos alejan del campo ameno de la literatura, y á otros que acercan á los desiertos de la incredulidad. La una y la otra creencia son tan infundadas como estéril la intención y reducido el criterio de quienes lo piensan. Ningún aprendizaje como el de las ciencias médicas aleja más del materialismo, y no hay otro como él donde más palpite la verdad, donde más palpite la idea de Dios como es y como debe ser y como lo sueña la mente y lo necesita el espíritu.

La literatura aliada de la ciencia médica conforta el alma y es á un tiempo mismo halago y fuerza, ilusión y hermosura, estímulo y recompensa.

Otro grupo humano de mejor categoría, pero fundamentándose en un error de apreciación crée que existe antagonismo entre el cultivo de las bellas letras ó del arte en general y la investigación científica de la naturaleza. La base primordial de esta suposición es la ley de la evolución encontrada por Milne Edwars para el desenvolvimiento orgánico y generalizada por Herbert Spencer para el universo en su totalidad; ley que puede compendiarse en esta frase: división del trabajo y especialización de las funciones. La división del trabajo, que se ha hecho necesaria en el dominio del pensamiento, como en el de la industria, ha encerrado los mejores talentos en tareas distintas y más y más limitadas; todo lo que sale de límites bien marcados parece confinar con el ensueño y la quimera.

Se ha creado una falsa distinción entre los hechos y las ideas, entre las leyes naturales y su forma de

expresión, y en nuestro mundo, que es uno, se han encontrado dos mundos.

Por mi parte, procuraré demostrar que lejos de contradecirse el modo regular y constante con que se realizan los fenómenos naturales, ó sea las leyes que los rigen, cuyo conjunto constituye la ciencia, y las formas de que nos valemos para expresarlos y comunicar á los demás nuestras ideas, que establecen lo que llamamos literatura y en general el arte, son perfectamente armónicos y se prestan ayuda recíproca.

Cuando hablamos de las leyes que rigen los fenómenos de la naturaleza no nos referimos solamente á los hechos físicos ó del universo exterior; el campo de la ciencia es mucho más vasto, ya que abarca también la sucesión de estados de la conciencia, tanto intelectuales como afectivos y volitivos, sujetos como todo lo demás á leyes inmutables; así como al tratar de las formas de expresión tampoco nos limitamos al lenguaje articulado, instrumento de la literatura, porque las ideas y los sentimientos adoptan también otras formas para manifestarse. El conjunto de ellos es el arte. De manera pues, que el tema de mi discurso podría expresarse así:

Relaciones armónicas entre la ciencia y el arte.

El objeto del arte no es imitar la naturaleza como muchos han dicho, su fin es crear, no de la nada, lo que no es dado al hombre, sino representar con materiales tomados á la naturaleza las ideas de la razón. Estas ideas, que el hombre lleva en sí mismo y que son la esencia de su propio espíritu, la naturaleza las encierra

también en su seno; son ellas las que esparcen en el mundo la vida y la belleza. La naturaleza las revela y manifiesta pero de manera imperfecta; nos aparecen igualmente en la vida humana, confundidas con particularidades que las oscurecen y desfiguran. El arte se adueña de ellas y las vierte en imágenes más puras, más transparentes y más hermosas, que él crea libremente por el poder que le es peculiar. Representar ideas por símbolos que hablen á la vez á los sentidos, al alma y á la razón, tal es el verdadero objeto del arte. Es lo que hace la arquitectura por líneas geométricas, la escultura por las formas del reino orgánico y del cuerpo humano en particular, la pintura por los colores y el dibujo, la música por los sonidos y la poesía por todos esos símbolos reunidos.

Así la naturaleza y el hombre representan ambos estas ideas divinas, aquella fatal y ciegamente, éste, con conciencia y libertad. El hombre no copia á la naturaleza, se inspira en su espectáculo, modela sus ideas según las leyes naturales, se adueña de las formas que le ofrece para componer con ellas obras inmortales, que sólo debe á su propio genio. Mas le deja el cuidado de producir criaturas vivientes; en esto, se guarda bien de querer rivalizar con Dios, entonces sólo alcanzaría á fabricar autómatas ó á representar seres que no tendrían de la vida sino una apariencia mentirosa.

Se trata de crear símbolos que manifiesten el pensamiento á los sentidos y al espíritu, y que tengan la virtud de despertar todos los sentimientos del alma humana; de hacer nacer el entusiasmo, y de transportarnos á un mundo ideal; aquí, el genio del hombre, no solamen-

te puede luchar con ventaja con la naturaleza, sino que ésta debe reconocer en aquél su maestro. Y no hay hipérbole en este concepto: él es su maestro en el arte, como lo es en la industria, cuando sujeta las fuerzas naturales á su imperio y las doblega á sus designios, como lo es en la ciencia cuando le arranca sus secretos y descubre sus leyes, como lo es en la moral cuando domina sus pasiones y las somete á la regla del deber, como lo es en todas partes por el privilegio de su razón y de su albedrío.

En resúmen, el arte tiene por objeto representar por medio de imágenes sensibles, creadas por el espíritu del hombre, las ideas que constituyen la esencia de las cosas, y el descubrimiento de estas ideas es el objeto primordial de la ciencia. Por esto se comprende cuales son los lazos que unen el arte á la ciencia. Semejantes fines constituyen á la vez la unión, la independencia y la dignidad de los dos. Tal empeño hace de ambos las más altas manifestaciones de la inteligencia humana porque uno y otra son una revelación: ella revela la verdad inteligible, él, la verdad bajo forma sensible.

Las relaciones son evidentes; la ciencia, empero, no ha dicho todo sobre el conjunto de las cosas. ¿Por qué acusarla de bancarrota cuando no ha suscrito acciones sobre el ideal? Sin embargo, ha avanzado bastante en el conocimiento del universo y dado al hombre medios de investigación poderosa. Cierto es que el sabio sólo aspira á conocer por el análisis una parte restringida del mundo, dejando á otros el cuidado de mirarlo todo y de ver la naturaleza en la complexidad de sus efectos y de sus actitudes.

La ciencia que va á las causas profundas, olvida á las veces la apariencia que es toda la vida, toda la felicidad. Aquí interviene el arte. La poesía completa la ciencia. Lo que la ciencia mata para conocerlo, el arte lo resucita para amarlo. Donde la ciencia busca lo verdadero, el arte interpreta lo bello; y á menudo, por la sola intuición de lo bello, el arte entrevé verdades que han de ser por largo tiempo desconocidas de la ciencia. La naturaleza es viviente y bella. Toca á nosotros considerarla en su expansión completa y descubrirla por el conocimiento y la sensibilidad.

Conozcamos y admiremos. Que el arte y la ciencia en lugar de aislarse, trabajen en una obra común; que se penetren y completen uno por otra; que lo que la ciencia nos haya enseñado á conocer en su intimidad, en sus elementos, el arte nos invite á reconstruirlo en sus líneas, en su dibujo, en su tinte y en sus proporciones aparentes.

Es por el sentimiento que el hombre comunica con la naturaleza. Este experimenta raras delicias en perderse en su contemplación. Sueña ante ella extasiado. Parece que su alma más libre se confunde en la dulce armonía de las cosas. Por eso la vida de los paisajistas es admirable. En la agreste soledad, ante los mil juegos de la luz, en la interpretación fugitiva de arreboles que cambian, lejos de todo deseo humano, solos, ante el elocuente silencio de las cosas animadas por una imperceptible vida oculta, pasan días de extremado contento y de ensueño fecundo. Ah! En el infierno de las ciudades, donde nuestro deber nos mantiene aprisionados, soñamos á menudo con fuentes frescas, senderos verdes,

paseos en el fondo de los bosques bajo la trémula media luz de la frondosidad exuberante.

¡Privilegio de un corazón sensible é ingénuo! Es en la aurora de la vida, en la mañana del día, en la primavera del año, en la juventud de las sociedades cuando el hombre es más vivamente impresionado por los múltiples aspectos del mundo exterior. Todo es entónces poesía. ¡Con cuánta intensidad se siente en esos momentos! ¡Cómo se abandona el hombre á la primera impresión! ¡Cuán grata es la embriaguez de la adolescencia, cuándo extraño á las luchas engañadoras, nuestro corazón se abre radioso, no probado todavía, á la vez sorprendido y arrebatado por el espectáculo nuevo de las circunstancias que hacen más bella y regocijante la irradiación de un amor que se ignora! ¡Cuán dulce es la fruición que nos lleva á la admiración franca por la alegría de la vista brindada en todo momento por la naturaleza! Allá el mar inmenso que revienta, fuerza indomada de la que se engendra la tierra; aquí la montaña herida por los rayos del sol que atesora la energía y comunica su brillo á los ventisqueros, manantiales de linfa ó fuentes de ríos. O bien es el bosque misterioso, zumbante por toda una vida oculta; y son las iluminaciones de las auroras y los ponientes, el vuelo de las nubes azotadas por el viento y la grandeza sublime de las noches estrelladas! Ante estos solemnes espectáculos, el corazón se conmueve, la inteligencia se ensancha. Es la sorpresa y el miedo de un instante que se cambia en encanto profundo de donde surge una simpatía infinita. Se admira y se ama, el espíritu se siente más apto para el estudio, y nos enseñamos á nosotros mismos á observar y á reflexionar.

Por bella que parezca á la mirada desinteresada, la naturaleza se revela todavía más perfecta, más variada, más cautivadora al que sabe ver. ¡Cómo se convierte entónces en fuente maravillosa de regocijo! ¡Cuán sugestiva es y profunda, á las veces inquietante, mas siempre sublime! Por esto los hombres superiores, sabios y artistas no contentos con amarla por sí misma, han querido conocer el secreto de su formación. Lejos de perder entónces nada de su arrobamiento, éste se ha centuplicado casi hasta llegar al éxtasis. Mientras más perfecta era su visión más espléndida y significativa le aparecían las cosas. Podían confundirse en un mismo amor el placer de admirarlas y el orgullo de conocer su poder oculto.

En estas regiones elevadas del espíritu, el artista y el sabio se combinan; lejos de oponerse, la razón y el sentimiento se reunen en legítima admiración por los múltiples fenómenos que se mezclan en el espectáculo cambiante del mundo.

Las cosas no son lo que ellas nos parecen. De la arista de yerba á la estrella, de la onda rimada del océano á la rigidez de la cordillera sublime, no hay sino apariencias de diversidad. El mundo es simple, formado de vibraciones, de átomos agitados de movimientos múltiples, solicitados por diferentes fuerzas y que se agrupan, se atraen, se contrarían, se hacen y deshacen en perpetuo torbellino, que se traduce en nosotros según que hiere tal ó cual de nuestros sentidos por una sensación de peso, de calor, de sonido, de perfume ó de luz. Es en el hombre que el universo se resuelve en armonía. Nuestros sentidos son los grandes falsificadores; acomodan á nuestro espíritu la complexa multiplicidad de los fenómenos exteriores; hacen un universo á su medida; y el

hombre, viendo las cosas pintarse en si mismo de la manera que las puede ver, las crée hechas para él y tales cuales se las representa. Es engañado para su mayor alegría; vé un universo arreglado en el que lo verdadero y lo necesario se manifiestan en belleza.

Así pues, hay entre las cosas y nosotros armonías ocultas que el poeta siente, el artista entrevé, el filósofo explica, el sabio denuncia y el arte figura. Nuestros corazones laten al unísono del paisaje. El árbol, la montaña, nos darían su dibujo, calma ó tormento; la impresión del recogimiento, de la tranquilidad ó del espanto; un juego de líneas se marca en nosotros por un sentimiento de tristeza ó de alegría, porque hay correspondencia entre los hechos naturales y los órganos de nuestros sentidos, que los interpretan, que los hacen cumplirse dentro de nosotros mismos.

Somos el punto central convergente de las cosas; el alma pensante del mundo donde éste se refleja en sus leyes y en su armonía; la flor exquisita de la naturaleza que no podría ser separada de ella; somos vínculos que por lazos invisibles estamos ligados, lazos que crean entre todos los seres, á cualquier grado á que partenezcan, una unión necesaria, una inconsciente fraternidad.

El poeta de los primeros tiempos había sentido las relaciones ignoradas de las cosas mucho antes que la ciencia hubiera intervenido para descubrirlas. El arte precede á la ciencia; toda obra poderosa en belleza contiene en sí verdades más tarde demostradas. En estos últimos tiempos la ciencia ha marchado veloz y sus conquistas deben todavía ser útiles al arte. Si el artista no tiene ya intuición, tiene el saber; y el saber profundo,

confinado en la conciencia, traducido en ideas más y más generales, más y más fecundas, las cuales se transforman en datos de arte, en símbolos, en verdades tangibles y conmovedoras.

Lo bello es lo verdadero, es lo que es, pero seleccionado, ofrecido bajo forma concreta, facilmente apreciable, conforme en todo punto por las leyes del ritmo y la armonía á la vibración perpetua de los mundos.

Interrogémonos ahora dónde se ama la ciencia, el arte y la poesía; dónde se cultiva la más bella música que dá al lenguaje articulado su seducción; dónde se guarda como en arca santa para enseñanza de todos lo bello y lo útil, lo sano y lo noble. En esta casa. Y todas mis ideas anteriores tienen su síntesis austera y breve en el LIMPIA, FIJA Y DA ESPLENDOR que son los atributos de esta Institución.

Si no coexistieran en mi conciencia la prueba de mi exiguo merecimiento y la certidumbre de la exhuberante bondad de quienes me han traído hasta aquí, esta emoción nunca sentida haría de mí un psicópata tan desventurado como incurable. Poseído pues, de la verdad, oíd la expresión de mi gratitud que yo quisiera hacerla sublime, como la hago imperecedera á la memoria de los demás, consignándola á la imborrable impresión de los tipos.

Para todos vosotros, señores académicos, significo mi agradecimiento, pero circunstancias muy especiales me obligan á particularizar éste, en aquél, (1) ático en la forma, puro y cristalino en el alma, perfecto en sus

---

(1) Dr. Don Marco Antonio [illegible]

procedimientos, adorable, si es que criatura nacida puede serlo y que la sabiduría de vosotros sostiene en la Dirección de este Senado; en el otro (1) que suple sus ausencias, todo candor, arte primoroso, ciencia pura en cuyo espíritu se reflejan las virtudes del santo salesiano; en el secretario perpetuo, (2) alma, vida y corazón de esta Academia, valioso elemento que ha girado con esplendor de astro en la órbita del periodismo, beneficiando la política nacional á la cual ofreció también la energía de su brazo. En Méndez y Mendoza, ejemplar rarísimo de modestia que seduce por su exquisita perfección, y en aquel otro, (3) rico en años, mas no abrumado por ellos, perseguido por la admiración coetánea en quien se confunden unidos los fulgores de la espada con los fulgores de la gloria y cuya vida Dios conserve para que no se pierda el molde que debemos imitar; y en el otro aquél (4) sabio profundo que América entera conoce y que todas nuestras Academias y Facultades lo tienen como joya ó lo respetan como autoridad, moderno Tomás de Aquino, que enaltece los timbres científicos de nuestra patria y en cuyas circunvoluciones cerebrales, al poder de su memoria prodigiosa, se ha condensado todo lo bello que de ciencia y letras se escribió, para purificarlo en el crisol de su juicio severo y devolverlo á la generación actual en campo menos árido y en forma más accesible.

¡Cómo se me alegra el alma con estas nuevas bodas! ¡Cuántos proyectos y cuántas ilusiones acarician mi por-

(1) Dr. Don Felipe Tejera.
(2) Dr. Don Julio Calcaño.
(3) Dr. Don Pedro Arismendi Brito.
(4) Dr. Don Rafael Villavicencio.

venir! Con vosotros aprenderé los secretos que sé que existen para que la expresión del pensamiento no tenga sólo la magestad de las grandezas naturales, sino que exhiba primores esculturales; es decir, para que no tenga aspecto de roca marmórea sino líneas griegas de Venus de Milo; para que los claros de cielo, verdes de campo y esplendor de luceros, se asocien en armonías de color; para que los versos sean, no cadencias rítmicas de viento salvaje, sino idilios de música.

Que vibre siempre en vuestro oído mi palabra de gratitud.



DISCURSO LEIDO POR EL SR. DR.

D. Rafael Villavicencio

EN CONTESTACION AL ANTECEDENTE.

Señores.

La Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española, ha tenido á bien designarme para contestar el discurso de recepción del señor Doctor Don Tomás Aguerrevere Pacanins y dar á éste la bienvenida. Tal designación me halaga sobre manera por dos motivos: por la excelencia de la honra de llevar la palabra á nombre de la Ilustre Corporación en este solemne acto, y por la inmensa satisfacción que experimento al servir de introductor entre nosotros á una persona ligada conmigo por los dulces lazos de la familia.

Pero, ¡oh antinomias de la vida! me siento al mismo tiempo contrariado también por dos razones: lamento, por una parte, que la elección de la Academia haya defraudado las esperanzas de este respetable auditorio, quien contaba, sin duda, con el deleite que le proporcionaría en esta ocasión, el oir la palabra elocuente de otro, más privilegiado, entre mis colegas; y sufro, por otra parte, al pensar que el hecho de tributar justicia á

los méritos del Doctor Aguerrevere, para probar el acierto de la Academia en su elección, pueda ser tomado por algunos como meras expansiones de afecto familiar. Por supuesto que cuando digo ésto no me refiero á las virtudes privadas de nuestro nuevo colega, como padre ejemplar de familia; ni á sus virtudes públicas, como ciudadano de una república libre y soberana; ni á sus elevadas facultades intelectuales; ni á sus grandes conocimientos en las ciencias médicas; ni á su habilidad práctica y delicadeza de maneras en la noble profesión que ejerce; nó, á nada de esto me refiero, ya que todas son dotes universalmente reconocidas y apreciadas. Aludo á lo que constituye la razón principal de su entrada en este Cuerpo; á sus facultades estéticas, á sus conocimientos literarios, al culto que ha rendido como sacerdote de esa diosa fúlgida que se apellida la Belleza.

Combatido mi ánimo por fuerzas contrarias, habría quedado inactivo á no haber venido á resolverme un poder superior; el deber de acatar y obedecer las órdenes de la célebre Academia á la que tengo la honra de pertenecer. Entro, pues, en materia.

En su primera juventud, fué el Doctor Aguerrevere cultivador asiduo en el hermoso campo de la poesía y logró producir flores de espléndidos colores y exquisitos aromas; tan bellas, que un crítico tan idóneo como el Doctor Don Felipe Tejera dijo refiriéndose á él: "de trovas sentimentales como empapadas en lágrimas de Bécquer", elogio cuyo valor se mide por la autoridad de la pluma que lo escribió. Desgraciadamente, un cierzo helado sopló sobre aquel bosque frondoso y malogró en flor sus más preciados frutos. La preocupación vulgar

de que el tiempo consagrado á la literatura era robado al estudio de la medicina, le hizo abandonar por el momento sus aspiraciones á la realización del ideal; no porque él participara de esa creencia, sino porque siendo ella la de la mayoría entre nosotros, eso le perjudicaba en el concepto público cuando se le consideraba en su carácter de médico práctico.

Andando el tiempo, entró el Doctor Aguerrevere en la carrera del profesorado, y entónces hubo de apelar á sus recursos literarios, no ya para quemar incienso en los altares de Erato, sino para reproducir en su cátedra de medicina, el lenguaje nítido de la exposición científica, atributo del grande Hipócrates; y en sus lecciones de botánica, los encantos del estilo que caracterizaban al divino Teofrasto. Libro precioso el publicado por el nuevo académico sobre esta última materia; en él campean la elegancia de la dicción y la claridad de la enseñanza.

Como es bien sabido, el Dr. Aguerrevere ha representado á la República en el exterior en dos misiones muy diferentes: como médico, en el Congreso Médico Latino Americano reunido en Río de Janeiro en 1909, y como Ministro Plenipotenciario en la República del Ecuador. Si en la primera supo sostener con brillo el crédito que en el extranjero comunicaran á la Escuela Médica Venezolana, los nombres inmortales de Vargas y de Acosta, de Porras y Michelena; si en la segunda se manejó con tanto acierto que aumentó grandemente las simpatías de que goza nuestra patria en el Ecuador, en ambas hizo recordar á los extraños con el ejemplo, que Venezuela ha contado en su seno oradores de la talla de Fermín Toro, Pedro José Rojas, Eduardo Calcaño y tan-

tos otros; reputación que ha ratificado entre nosotros como Senador de la República.

Pero, ¿á qué ocurrir á hechos pasados cuando tenemos presente el hermoso discurso que acabamos de oír? El Doctor Aguerrevere ha evidenciado, en efecto, de manera incontrovertible, al par que en bellas y expresivas frases, no solamente que debe haber armonía entre el arte y la ciencia, sino también que ambos se socorren mutuamente.

El concepto público es que las relaciones entre ambos campos de estudio son mas bien de exclusión que de consorcio; y la incompatibilidad es sobre todo marcada, en el sentir de los más, entre las matemáticas y la medicina de un lado, y la poesía del otro. Cierto es que el entusiasmo, esa especie de furor divino y pasajero que crea maravillas, y que forma el carácter de la poesía, no se aviene bien con el lenguaje severo de las matemáticas, pero, por una parte, las imágenes, las figuras, las metáforas en las cuales se ha querido cifrar el genio exclusivo de la poesía, forman el adorno, no el fondo del habla de los dioses; y por otra parte, hay cierto encanto que enajena á los espíritus lógicos, en la expresión precisa y sobria de Euclides y de Arquímedes, de Descartes, de Newton y de Leibnitz. ¿Hay, por ventura, algo tan maravilloso como ver salir de los cerebros de Newton y de Leibnitz, á la manera de la Minerva de la fábula, armado de todas armas, el análisis trascendental? ¿Y no es magnífico con soberbia magnificencia el considerar á Newton deduciendo de sus fórmulas la ley que gobierna el universo, desde más allá del infinito de los cielos sin límites, hasta los iones á los cuales no alcanza la vi-

sión del ultramicroscopio? ¿Y no abruma á nuestra imaginación, aun en sus vuelos más audaces, el contemplar á Leverrier descubriendo en medio de una montaña de ecuaciones, un planeta situado á 1112 millones de leguas del sol? Cuando el geómetra ve escrita la sencilla frase siguiente: $a^2y^2+b^2x^2=a^2b^2$, percibe con la penetrante vista del entendimiento las múltiples y más ó menos excéntricas curvas que marcan el camino seguido por los planetas en sus perpetuos giros en torno al astro central, y hasta el curso prolongado de ciertos cometas, que han de regresar, en virtud de la atracción, hacia aquel foco de la luz y de la vida. Esto es ciertamente sublime.

También es verdad que las escenas de dolor y el espectáculo de ciertas miserias con las que los médicos se encuentran á menudo, están muy lejos de la poesía, y que es preciso ser un Alejandro Dumas hijo para poetizar la existencia de una tísica; pero en cambio, apenas se concibe un poema que encierre tanta belleza y encanto como los espléndidos cuadros que exhibe ante nosotros la biología, ciencia madre de la medicina. ¡La Vida! He aquí, Señores, la hábil hechicera ante cuyas maravillosas creaciones palidecen y se borran todos los esplendores del Cantar de los Cantares.

Las relaciones entre la ciencia y el arte debieran ser siempre de armonía, y si á las veces los hallamos en oposición, depende de circunstancias, entre las cuales no es la de menos importancia, la señalada por el Doctor Aguerrevere. El poeta, en efecto, adivina con frecuencia verdades que no son confirmadas por la ciencia sino mucho mas tarde y que parecen por tanto en contradic-

ción con el saber de la época. Una breve ojeada á las obras maestras de los grandes trágicos griegos patentizará esta afirmación. Esquilo y Sófocles no son á la verdad hombres de ciencia; tienen empero el sentimiento de la uniformidad de la naturaleza, del encadenamiento necesario de las causas y de los efectos; sólo que no se limitan al mundo físico sino que se extienden al moral é intelectual.

Esquilo y Sófocles habían visto la humanidad en grande al través del cuadro espléndido de la mitología y de la leyenda heroica. Situados en el corazón mismo de la nación, mezclados en sus luchas, tomaron el bronce de su pensamiento y lo vaciaron en las formas colosales de la fábula antigua. Hicieron lo que ha hecho siempre el grande arte, crearon una vida en la vida, un mundo encima del mundo, más completo, más verdadero á su manera que el real, ya que, para hablar como Platón, él expresa lo que no puede ni nacer ni morir, sino lo que *es* siempre.

En el Prometeo de Esquilo, el hombre se ha hecho creador á su turno, domina las fuerzas, prevé el porvenir, se impone al destino; y para colmo de gloria, crea almas á su imagen por el relámpago de su inteligencia y la irradiación de su simpatía. Todo esto ha sido realizado por las ciencias del siglo XIX. El drama griego, por otra parte, llega en Sófocles á esta afirmación de la humanidad que traspasa con mucho el espíritu de las religiones antiguas y que ha venido á ser demostrada por la sociología contemporánea. El genio individual atraviesa el horizonte nacional y divisa el porvenir. ¿De dónde viene esta voz dulce y casi divina que se eleva en

la ciudad de Tebas, ante las estatuas impasibles de los dioses, que sorprende á los ancianos, y que el mismo divino Tiresias no puede comprender? Voz que exclama: "Yo no he nacido para odiar sino para amar". Es la voz de una virgen heroica que se deja conducir á la muerte por que afirma que la más noble de las afecciones humanas es la simpatía y que esta ley es superior á las otras. Antígona no obedece á un sentimiento instintivo; ella tiene plena conciencia de su amor; es el amor en su potencia más elevada, y es por eso que ella tiene la fuerza de sacrificarse. Vuestros dioses, dice, pueden irse, vuestra ciudad caer en ruinas; pero esta voz hablará siempre. Lo que yo presiento, lo que os revelo desde el umbral de mi tumba, es más que los dioses, es la humanidad; es más que la Grecia, es el hombre!

Esquilo y Sófocles tenían el sentimiento profundo de la vida divina en la naturaleza, y los dioses les servían de símbolos elocuentes. Esta fé era más religiosa, más sencilla en el iniciado de Eleusis, más filosófica, más reflexiva en el poeta de Colona; pero en ambos fluía de fuente pura. El sofista Eurípides discute los dioses, desconfía de ellos, se ríe so capa, tiene necesidad de excusarlos por razones de física ó cosgomonía; en él en una palabra, el sentimiento poético, que es en realidad el de la unidad divina de la naturaleza, la intuición viva de su fondo, está obliterado por argucias de erudito y de crítico. La misma consecuencia tocante á los héroes. No son ya aquellos grandes tipos, infinitamente variados, pero que llevan sin embargo el sello de lo eterno. Hécuba, Elena, Medea, Aquiles, tienen bellos relámpagos; pero han decaído de su prístina grandeza. Eurí-

pides oscila sin cesar entre la gran tragedia y lo que llamaríamos el drama burgués.

La Grecia, como dice Michelet, *fué el pueblo educador por excelencia.* Si el arte fué el fin único de su vida, hay que reconocer que su vida entera, pública y privada, fué una obra de arte. Ella desdeñó someter el mundo por las armas como Roma; prefirió hacer el hombre perfecto por el arte y la filosofía. Pues bien; este pueblo privilegiado nos ha legado un símbolo elocuente del consorcio entre la ciencia y el arte. Apolo es por excelencia el médico celeste, que viene para alivio de la humanidad enferma. En el *Edipo-Rey* de Sófocles, cuando la enfermedad arrasa la ciudad de Tebas, se oyen resonar por todas partes los peanes que invocan la protección del dios de Delos contra el azote destructor; y si las atribuciones médicas parecen pertenecer mas especialmente á Asclepios, éste es hijo de Apolo, quien le ha comunicado su poder y dado á los Asclepíades la ciencia de los remedios.

Por otra parte, la religión de la luz fué el orígen de uno de los atributos principales y más antiguos de Apolo, el de la música. En los poemas homéricos, Apolo es el dios de la armonía; encanta con sus acentos melodiosos, los ocios afortunados de la vida del Olimpo. En el himno homérico á Apolo Pitio, que nos traza un amplio cuadro de la vida poética de los dioses, las Musas cantan con su magnífica voz; las Carites, las Horas, Armonía, Hebe y Afrodita, forman un coro de danza. Apolo toca la cítara. Este aparece desde los primeros tiempos de la civilización helénica como el jefe del coro de las Musas.

El padre de la medicina, el grande Hipócrates, realizó en la vida terrestre aquel símbolo trasmitido por la vida olímpica. Él tenía la pasión de lo bueno y de lo bello al mismo tiempo que el amor de lo verdadero, y se siente vivir en sus escritos la chispa de fuego que abrasaba su alma.

Pitágoras, inteligencia soberana, creadora y ordenadora, es el maestro de la Grecia laica, como lo fué Orfeo de la Grecia sacerdotal. Si sus obras se han perdido, la esencia de su doctrina subsiste en los *Versos dorados* de Lisis, en el comentario de Hierocles, en los fragmentos de Filolao y de Arquitas, así como en el *Timeo* de Platón que contiene la cosmogonía de Pitágoras. Los escritores de la antigüedad, en fin, están llenos del filósofo de Crotona. Son numerosas las anécdotas que pintan su sabiduría, su belleza, su elocuencia y su poder maravilloso sobre los hombres. Los neoplatónicos de Alejandría, los gnósticos y hasta los primeros Padres de la Iglesia le citan como autoridad. Él llamaba á sus discípulos matemáticos, porque su enseñanza superior comenzaba por la doctrina de los números. Era una matemática trascendental y viviente. Fué el primero en enseñar la doctrina del movimiento de la tierra.

Larga sería la lista de los hombres privilegiados que supieron unir en su espíritu el entusiasmo de lo bello con el amor de lo verdadero; la seriedad de la ciencia con el embeleso de la poesía y los encantos de la elocuencia, hombres cuyo ideal se cifra en la unión de las tres grandes diosas: Hera, Atena y Afrodita. El ilustre Pericles, el hombre de Estado más grande de la Grecia, tan íntegro como Arístides, tan hábil como Temístocles; el

más perfecto representante de la civilización helénica; el encantador de aquella democracia turbulenta; patriota ardiente que supo conservar la calma de un semidiós en medio de las tempestades populares. El divino Platón cuya alma fué toda amor y armonía, amor de la belleza eterna y armonía que abraza el universo. El grande Aristóteles, cabeza enciclopédica de quien sería difícil decir en qué ramo de los conocimientos humanos brillaba más su saber y su elocuencia; fundador de la anatomía comparada. El sabio Teofrasto, cuyo nombre indica sus eminentes dotes oratorias; continuador de Aristóteles por su *Historia de las Plantas*, y cuyo libro los *Caracteres* fué llamado un libro de oro. Euclides, cuya claridad, limpieza de exposición y encadenamiento lógico han sido tan admirados por los aficionados al rigor geométrico: es célebre su respuesta á Ptolomeo Soter porque muestra la altivez del digno súbdito y la sabia tolerancia del soberano. *Non est regia ad mathematicam via*. Arquímedes; de quien dijo Leibnitz: "Los que se encuentran en estado de comprender á Arquímedes admiran menos los descubrimientos de los más grandes hombres modernos" y á quien Plutarco llama *un verdadero poseído de las Musas*. Apolonio de Perga, geómetra eminente, astrónomo hábil, excelente escritor, sabio filósofo, poeta y músico distinguido. Aristarco de Samos, que abordó atrevidamente uno de los mas grandes problemas de la astronomía, y fué por ello el primero en dilatar el mundo mucho más allá de los límites dentro de los cuales lo habían encerrado hasta entónces los astrónomos y geómetras. Seleuco de Babilonia que con Aristarco enseñaba el doble movimiento de la tierra. Eratóstenes, astrónomo, geómetra, gramático, orador,

poeta y filósofo, que en todo dejó el sello de su genio universal. Hiparco, creador de la astronomía matemática, que se atrevió, dice Plinio, á intentar una empresa que era grande hasta para un diós. Claudio Ptolomeo, continuador de Hiparco, autor de un libro que fué apellidado *Almagesto*, vale decir, *Libro muy grande*.

El gran Lucrecio, en quien la conciencia del vacío de la vida y de la decadencia de la sociedad romana va hasta lo trágico. Él nos aparece en el apogeo del poder romano y en lo más fuerte de las guerras civiles, como una enérgica y solitaria protesta contra tanta grandeza y miseria. Solitario, feroz, tranquilo, lejos del combate de las ambiciones humanas, se echa con una especie de frenesí en la ciencia de Epicuro; trepa ardientemente las más altas cimas de la filosofía y busca la paz del alma "en los templos serenos de la sabiduría". Lo que la vida no puede ya darle, alegría, fuerza, expansión, se lo pide á la ciencia. Con que áspero deseo, con que insaciable pasión, escudriña esta naturaleza cuyo fondo no puede encontrar. Él la examina, la descompone, la penetra y divaga en su pensamiento sobre el orígen de las cosas; maldice la religión porque no la vé sino bajo la forma de la tiranía y la superstición. Para él, los átomos han reemplazado las divinidades desaparecidas; y sin embargo, en el silencio de las noches luminosas, el ensueño grandioso de los dioses vuelve á perseguir su alma, y cuando quiere atraer la dicha á su patria en duelo, invoca á la antigua Afrodita.

Æneadum genitrix hominum divumque voluptas.

Este vago y profundo pesar por los dioses en el mismo que los combate á muerte, se explica. El alma

poética de Lucrecio sentía en ellos los símbolos de la gran religión de la naturaleza que iba desvaneciéndose. Precursor de los tiempos modernos, nos predice que el espíritu humano, alejándose de su armonía primitiva con la naturaleza, no volverá á ella sino después de haber atravesado el laberinto de la ciencia. El mismo con su sed de vida, de belleza y de verdad, quedará, parece, desamparado, no satisfecho; su alma no había suscrito á la paz de su inteligencia, y no nos sorprendería que fuera verdad lo que se cuenta de su fin, y que hubiese buscado en el más mortal de los filtros de amor, la paz suprema, el olvido del mundo y la última palabra de las cosas.

El dulce Virgilio, el artista incomparable, el favorito de las Musas, tenía su espíritu abierto á todos los conocimientos; su *Mens agitat molem* es una anticipación al concepto de la física moderna tocante á la identidad de la fuerza y la materia. Si su alma tan suave y tan poética está como velada de melancolía, es sin duda porque siente el vacío del presente y lamenta confusamente la verdadera vida que florecía antes más allá del mar Jonio y que lo había tocado con un soplo. Todo el esplendor del siglo imperial, todos los trofeos de César, todos los arcos de triunfo de Augusto son insuficientes para saciar su vago deseo. En vano vuelve la mirada hacia la vida rural, en vano invoca la Sibila de Cumas en el antro sombrío del lago Averno, nada le consuela, atraviesa su siglo de hierro como una sombra elísea, ávida del pasado, inquieta por el porvenir. Lega á la leyenda su sombra pensativa y su suspiro melodioso á las edades futuras.

El sublime Dante, el hombre que mejor resumió

la corriente de ideas de su época y les dió un alcance inmortal. Escritor, historiador; filósofo y poeta, admirador de la antigüedad y profeta del porvenir. Dante fué á su manera el hombre más completo de la Edad media, á la que domina de toda su grandeza. *La Divina Comedia* es el cuadro ideal de esta vida. Esta peregrinación en el infierno, el purgatorio y el paraíso, traza el itinerario del alma hacia la paz eterna; en su viaje simbólico, ella revé la historia del pasado y del presente. A través del espeso bosque del vicio, donde las pasiones humanas rugen como bestias feroces, el alma llega hasta las puertas del infierno y entra en el país sin esperanza. Allí, de círculo en círculo y de terror en terror, desciende hasta el fondo del abismo. Infierno eterno ó cruel realidad, todo es uno.

Dinanzi a me non fur cose create;
Se non eterne, ed io eterno duro.

Ante estos círculos que se van estrechando, ante estos espacios sin luz donde se dilatan gemidos, donde muge sin cesar la borrasca infernal que azota sin respiro las almas en su torbellino, el vértigo acomete al viajero, gime, se extremece, se agarra á la túnica de Virgilio y pierde el conocimiento. Porque, en la visión, que tiene toda la precisión de la realidad, los suplicios se eternizan. Desde Francesca y Paolo arrebatados como palomas por el viento de su terrible pasión, desde Farinata, el gibelino vengativo, que se quema en su tumba ardiente, hasta los hipócritas que se ahogan bajo su capa de plomo, y á estos viciosos criminales roídos por las serpientes que llevan sus propias cabezas en sus manos, no hay perdón. En este infierno tan viviente, lleno de todos

los terrores y todos los vicios graduados, escalonados y castigados simbólicamente, parece que Dante haya querido pronunciar una condenación sin apelación, contra la realidad de este mundo que él había atravesado en su plenitud.

La salvación, según él, no está en la acción sino en la contemplación. Se respira más libremente en el *purgatorio*, el aire se ha serenado. Es la humanidad transformada por el esfuerzo moral, y á la que arrastran voces de ángeles, hacia un mundo mejor. El alma del Peregrino se depura por grados, y cuando Beatriz le aparece radiosa de belleza y de pureza celeste, vestida con su túnica color de llama viva, símbolo de la ardiente caridad, Dante está presto á las alegrías del paraíso. Se lanza ligero, alegre, desembarazado de todo peso terrestre, arrastrado á los cielos por la sola fuerza del deseo divino, elevado por la mirada de Beatriz "que mira á lo alto y él en ella". Ellos suben así juntos, de esfera en esfera, de estrella en estrella, de arrebatamientos en éxtasis, á través de los ríos de luz paradisiaca y de torrentes de delicias, hacia los santos, los Padres, los mártires radiosos, hasta la rosa mística de los bienaventurados que flota bajo la mirada misma de Dios. En esta ascensión que Balbo llama un largo *crescendo* de amor, uno se siente inundado en el cielo etéreo, arrebatado fuera del espacio y del tiempo. Los castos ardores de la adoración aumentan de zona en zona, se encienden y se intensifican en la mirada de los santos; y finalmente inteligencia, voluntad, deseo, arrebatados por una fuerza superior, se confunden y se abisman en la fulguración de este Amor que es Dios.

L'amor che muove il sole e l'altre stelle.

Leonardo de Vinci, no menos grande como sabio que como artista, excitó las ciencias al amor y á la observación de la naturaleza. Es la embriaguez de ésta, de la belleza y de la vida, lo que da á ciertas de sus cabezas aquel encanto deslumbrante y sutil, á su mirada aquella divina curiosidad, aquella sonrisa fascinadora y fascinada.

Poco antes, la ciencia había ensanchado todos los horizontes, despedazado todas las barreras, atravesado las bóvedas del cielo, y lanzado á la tierra, que se creía inmóvil, en el espacio ilimitado. Copérnico, Keppler, Galileo, Newton, grandes nombres, creadores de la astronomía, la mecánica y la física modernas y fundadores del orden y armonía universales. El elocuente Quintana les ha consagrado aquellos magníficos versos:

"Levántase Copérnico hasta el cielo
Que un velo impenetrable antes cubría,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso
Que da á torrentes su esplendor al día.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar, la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impío,
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío;
Y navegan con él, impetuosos,
A modo de relámpagos huyendo,
Los astros rutilantes, mas se lanza
Veloz el genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,

Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve."

Lord Bacon y Descartes, fundadores de la filosofía moderna y el segundo creador de la geometría general y de la grandiosa hipótesis de los torbellinos; hoy resucitada por Lord Kelvin y el profesor de Heen. El gran Schakspeare, que transporta al mundo moral el orden inmutable de la naturaleza física. En efecto, por diferentes que sean entre sí sus dramas, tienen de común con la mayor parte de las creaciones del poeta, que en ellos vemos á poderosas individualidades rebelarse contra el orden existente de las cosas; sustituir por un momento su propia ley á la del conjunto y después estrellarse contra él. Orgullo, ensueño de libertad, delirio de amor, llevados al extremo, conducen al hombre al mismo fin, á consumirse á sí mismo.

El egregio Leibnitz, espíritu universal, que abarcó todas las ciencias: filosofía, historia, derecho, diplomacia, política, filología, matemáticas; inventor con Newton del análisis infinitesimal. Haller, anatómico, botánico, gran fisiólogo, poeta, romancero; Buffon, el eminente historiador de la naturaleza, cuyo estilo pulcro y siempre elevado ha hecho de él uno de los primeros escritores de Francia. Linneo, creador de un lenguaje científico y de un método ingenioso para la botánica; conciso al par que poético escritor. D'Alambert, geómetra y literato de primer orden; su *Discurso preliminar* de la grande *Enciclopedia* es un vasto cuadro de erudición y de elegancia notables en el que se expone con lucidez el curso del desenvolvimiento del espíritu humano y la marcha de las ciencias. El ilustre y desgracia-

do Condorcet autor del magnífico *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano.* El inmortal Lavoisier, creador de la química científica. El gran Lamarck, fundador de la dinámica biológica, que transformó la historia natural en la ciencia de la naturaleza. Etienne Geoffroy-Saint-Hilaire, autor de la filosofía anatómica. El eminente Cuvier, creador de la Paleontología y autor del bello *Discurso sobre las revoluciones del globo.*

El inspirado Lord Byron, cuya vida entera fué una protesta y una revuelta heroica contra la vulgaridad de la sociedad moderna. Esta protesta partía de una personalidad fuerte é indomable, dotada de un soberbio vuelo hacia lo verdadero y lo bello; pero que no tenía la fuerza trascendental de lanzarse por sobre la realidad. ¿Qué falta á esta rica naturaleza para ser completa? Un concepto más filosófico del universo y una fé más ardiente en el porvenir. Estas facultades se encuentran en alto grado en el amigo de Byron, el amable, noble y gran Shelley, que murió á los treinta años, y cuya obra precoz contiene el ensueño de lo bello en el infinito. Shelley es á la vez el opuesto y el complemento de su ilustre rival. Si el primero afirma, rebelándose contra toda regla exterior, la necesidad de libertad sin freno del hombre nuevo, el segundo proclama con seguridad y candor una religión nueva. Es porque Shelley es el poeta espontáneo del panteismo que merece un lugar entre los reveladores del ideal moderno.

En su drama filosófico, *Prometeo libertado*, es donde Shelley ha fijado mejor su religión panteísta y su ensueño tocante al porvenir de la humanidad. Él retoma el viejo mito de Hesiodo, el más significativo de la filoso-

fía griega, y al cual ha dado Esquilo todo su alcance; lo desenvuelve á su manera vertiendo en él las aspiraciones más intensas y las esperanzas más atrevidas del espíritu moderno.

El genio apasionado de Byron es el tipo del hombre moderno en lucha con la realidad y en busca de un mundo desconocido. Shelley es el pensamiento regenerador del porvenir. El uno es una personalidad poderosa y sin freno; el otro el bosquejo de una religión futura que abraza al mundo, pero despojada, por decirlo así, de todo carácter individual ó nacional. Gœthe une estos dos extremos en la armonía de su gran naturaleza, porque tuvo á la vez el fuerte sentimiento de la personalidad y la concepción filosófica del mundo.

Si Byron fué el audaz insurrecto que rompe las cadenas de la tradición, Shelley el soñador profético de una religión universal, Gœthe es el más grande reformador de la poesía moderna y, si es posible decirlo, el organizador de un ideal nuevo. Dos instintos soberanos dominan su vida: de un lado la necesidad del desenvolvimiento y del perfeccionamiento indefinido; del otro, la veneración de la naturaleza concebida como un todo orgánico y reencontrada en sus menores manifestaciones. Por el equilibrio de ambos instintos, él supo crear una religión propia, un culto íntimo y viviente; he aquí su grande originalidad, su creación fecunda; he aquí lo que le da puesto eminente en la historia de la cultura moderna, y le asegura influencia creciente sobre el porvenir.

Alejandro de Humboldt, otro genio universal, que no contento con estudiar la naturaleza como sabio, quiso describirla como artista, y escribió sus inimitables

Cuadros y su incomparable *Cosmos*; en los que no sabe uno que admirar más, si la profundidad de la ciencia ó los encantos de la poesía. ¿Qué poeta, qué pensador supo dar tanto interés melancólico á los recuerdos de un gran pueblo desaparecido, como Alejandro de Humboldt á la raza ignorada de los Atures, antes borradas cerca de las grandes cataratas del Orinoco?

Es preciso que ponga término á esta ya larga enumeración; pero no será sin mencionar siquiera los nombres inmortales de Arago, Helmholtz, Tyndall, Littré, Trousseau, Pidoux, Flammarion, el inspirado vulgarizador de la ciencia de los astros, etc. etc.

Venezuela, aunque muy joven todavía, puede vanagloriarse de haber sido cuna de hombres eminentes que se distinguieron tanto por su saber como por la elocuencia de su palabra, y muchos se elevaron hasta las empinadas cimas de la poesía; puede decirse de ellos que fueron fieles sacrificadores en los altares de la inmortal trinidad femenina: la Verdad, la Belleza, la Bondad. Me limitaré á citar algunos entre los muertos. El eximio Bello, el que, como dice Don Cecilio Acosta, "lo supo todo, Virgilio sin Augusto y pintor de nuestra zona". El ilustre Vargas, gran patriota, médico cirujano, orador, escritor. Cagigal, matemático insigne y literato. Fermín Toro, "el gran pensador artista y el poeta filósofo" cultivador de la botánica. Los dos Fortique, "los talentos de la diplomacia y de la estética". Manuel Porras, cabeza colosal que todo lo sabía y expresaba con lucidez singular. Guillermo Michelena, cirujano de primer orden y novelista. Jerónimo E. Blanco, orador clásico, poeta y médico distinguido. Elías Rodríguez, clí-

nico superior y literato eminente. Calixto González, que amaba tanto la medicina como la literatura. Manuel María Urbaneja, el que habría podido escribir de nuevo los libros de matemáticas si se hubieran perdido todos, cultivador de los clásicos latinos. Cristóbal Mendoza y Francisco Aranda, "ilustres abogados, vaciados en molde para el gabinete, y el último, nacido para hablar en libro siempre". Cecilio Acosta, de quien dijo tan acertadamente Martí, "cabeza altiva, cuna de tanta idea grandiosa, labios que hablaron lengua tan varonil y gallarda, y mano que fué siempre sostén de pluma honrada, sierva de amor y al mal rebelde". Eduardo Calcaño, jurisconsulto y diplómata célebre, orador á quien han apellidado por su elocuencia, el Castelar venezolano. Aníbal Domínici, abogado distinguido, autor muy notable de libros serios y de dramas y novelas; y tantos y tantos otros que han dado lustre á Venezuela por su ciencia superior, su elegancia en el decir y su maravillosa inspiración poética.

Para terminar, tomaré, señores, la vara del Maestro de Ceremonias con el fin de conducir á su curul al nuevo académico. Venid, señor Doctor Aguerrevere Pacanins, á ocupar el puesto que habéis conquistado por vuestro entusiasmo viviente de lo Bello y vuestra fé invencible en el Ideal.

He dicho.



